

«LAS CRIADAS» – APROXIMACIONES A ANDRÉ BRETON

EN julio de 1954 publiqué también *Las criadas* de Jean Genet, en las dos versiones que escribió. Nunca perdí el contacto con Genet, salvo durante mi inmersión de 1951-1952. Tan pronto me instalé en la calle de Ciseaux, volví a verlo. De vez en cuando lo acusaban de «ofensa a las buenas costumbres por medio del libro», pero ahora era intocable. Gallimard editó en los años anteriores los tres primeros volúmenes de sus *Obras Completas* (el prólogo de Sartre, «San Genet, actor y mártir», ocupaba el primer tomo entero) y Gaston Gallimard se hizo cargo de él a la vez que lo puso bajo su protección. A la que se sumó la poderosa sociedad de los homosexuales de París. Genet no corría ningún riesgo; *Historia de O*, sí. Ahí podemos ver levantada la barrera invisible, pero terriblemente eficaz, que separaba a la «pornografía» femenina y a su única representante involuntaria, de su homólogo masculino homosexual y su abanderado oficial.

Pese a todo, Genet y yo seguíamos estando muy a gusto juntos. Él observaba con curiosidad a Christiane, como también hizo antes con Marie-Claude. Hablábamos con confianza. Recuerdo una larga conversación delante de la estatua de Diderot, frente a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Por supuesto, dijo Genet, ustedes van a tener hijos. Sí, claro, es algo en lo que pensamos mucho. Genet estaba pensativo. Se lanzó entonces en un largo monólogo sobre la homosexualidad y, según él, su principal carencia: la esterilidad. Ese año, en todo caso, sus lamentos estaban en carne viva. La esterilidad. No creo que escribiera nunca sobre este asunto, que sin embargo había calado terriblemente en lo más profundo de su ser.

Genet me cedió los derechos (sin tenerlos él, por supuesto: en principio eran de Barbezat, de *Éditions de L'Arbalète*, aunque poco le importaba) para publicar dos mil ejemplares de *Las criadas*. Pese a que su fama se iba consolidando, durante varios años tuve ejemplares de *Las criadas*.

Ninguna de las dos versiones de *Las criadas* era inédita: habían aparecido en la lujosísima revista de Barbezat, también *L'Arbalète*. Pero a petición mía, Genet escribió una introducción que prefiguraba lo que la obra iba a aportar de nuevo al teatro (esta presentación fue reimpressa en la edición de Gallimard. Mi nombre, por supuesto, fue suprimido):

Mi querido Pauvert,

De manera que necesita una presentación. Pero, ¿qué decir de una obra de la que me había desligado desde antes incluso de haberla terminado? Hablar de su composición supondría evocar un mundo y un ambiente falto de grandeza... Aunque es más bien del teatro en general de lo que me gustaría decir algo. No me gusta. Quien lea la obra se convencerá de que es cierto. Y lo que me aportaron los fastos japoneses, chinos o balineses, y la idea tal vez magnificada que se obstina en mi cerebro, hace que considere demasiado grosera la fórmula del teatro occidental. No podemos dejar de soñar con un arte que sería un encabalgamiento profundo de símbolos activos, capaces de dirigirse al público con un lenguaje donde nada se diría, donde todo sería presentado...

(Genet desarrolla aquí algunas consideraciones de gran interés. Me limito a citar el principio y el final del prólogo. El lector puede leerlo completo en la edición de Gallimard.)

... Sólo un teatro de sombras me conmovió aún. Un joven escritor me contaba que vio a cinco o seis chavales jugando a la guerra en un parque público. Divididos en dos tropas, se disponían a atacar. La noche, decían, estaba por llegar. Pero en el cielo era mediodía. Decidieron entonces que uno de ellos sería la Noche. El más joven y el más enclenque, convertido en prescindible, pasó a ser el amo de los Combates. «Él» era la Hora, el Momento, lo Ineluctable. De muy lejos, parece ser que llegaba con la calma de un ciclo pero con el peso de la tristeza y la pompa crepuscular. A medida que se acercaba, los otros, los Hombres, se ponían nerviosos, inquietos... Pero les pareció que el niño se acercaba demasiado rápido. Iba adelantado sobre sí mismo: de común acuerdo, las Tropas y los Jefes decidieron suprimir la Noche, que volvió a con-

vertirse en soldado de un bando... Sólo tomando esta fórmula como punto de partida, un teatro podría entusiasmarme.

Hice tiradas de lujo de ambos libros: *Historia de O* y *Las criadas*. Ejemplares en papel Arches, veinte de *Historia de O* y ocho sólo de *Las criadas*. Uno de los primeros compradores fue Edmond Bomsel, un abogado de negocios que entró un día en la librería y al que le interesaban mis progresos. Hombre ya de cierta edad, desempeñó algún papel, aunque no sé exactamente cuál, en la Resistencia, y se opuso a Hachette en el difícil montaje de las NMPP³⁸ después de la Liberación. Era muy inteligente y extraordinariamente astuto; se había hecho con una preciosa biblioteca de ediciones raras. En especial, siguió todos los buenos negocios de los sucesivos desastres de las ediciones surrealistas, los anteriores y posteriores a 1939.

Conocía un caudal de anécdotas sobre el trasfondo de los grandes negocios en el mundo de la prensa y la edición. Asimilé suficientes para completar mis ideas sobre las bambalinas del verdadero poder, el financiero. Un conocimiento que, por desgracia, iba a servirme de muy poco, pues nunca he tenido dotes para los grandes «conceptos» económicos.

Bomsel era, además, uno de los amigos íntimos de André Breton.

Sí, sí, conocer a André Breton era inevitable. Ese encuentro tenía que producirse un día u otro, yo estaba de acuerdo. Simplemente me inspiraba algo de temor por diversos motivos. Primero, creo que además de intimidarme (¿es la palabra adecuada?), sentía vagamente, como ya he dicho, miedo a que me decepcionara y no respondiera del todo a mis inmensas expectativas. Yo seguía sus actividades, leía todo lo que escribía. Un nuevo editor, Éric Losfeld, publicaba ahora una revista surrealista, *La Brèche*, y allí me llevé la sorpresa (bueno, no exactamente...) de leer un artículo bastante elogioso dedicado a mi introducción al Sade del Club Francés del Libro, «El marqués de Sade, la historia y la literatura», artículo inspirado, me dijeron, por Breton. En mi fuero interno pensaba que era natural... Breton también mencionó *Historia de O* entre las *Efemérides surrealistas*.

En realidad, esperaba también que los astros –o el azar objetivo– tuviesen a bien manifestarse. Me parecía que nada ordinario podía presidir este contacto. Necesitaba una ocasión fuera de lo común. Habría quedado horriblemente decepcionado si me hubieran presentado a Breton en una inauguración o en la calle. O en cualquier otro lugar... En realidad, más o menos conscientemente, no quería intermediarios.

³⁸ Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne.